

María Eugenia Vaz Ferreira



El 20 de mayo se cumplieron treinta años de la muerte de María Eugenia Vaz Ferreira. En ese lapso —y aunque no han escaseado, (ni escasean hoy) los homenajes, los artículos más o menos críticos, las glosas o el ditirambo— no se ha realizado el estudio en profundidad de su obra poética ni se ha encarado todavía la elucidación de su carácter, el misterioso destino de esta criatura de pasión e inteligencia que pareció a comienzos de siglo la mayor poetisa de América (lo proclamó Nin Frías; lo reiteró Montero Bustamante) y que, más tarde, aceptó el eclipse, la postergación en el favor público, hasta el aparente fracaso.

Un único libro —publicado póstumamente por el celo de su hermano Carlos pero preparado con esmero por ella misma— encierra su obra perdurable: *La isla de los cánticos* (1925). Allí está la imagen que ella quiso legar a la posteridad, la que debe durar como auténtica. Pero es hora ya de emprender el estudio completo, el que trace (con más ahinco que Zum Felde, por ejemplo) la evolución entera de su personalidad y de su poesía, que muestre las raíces (humanas, literarias) con una documentación que existe y de la que hasta ahora se ha prescindido, que vincule su obra y su actitud no sólo a la renovación modernista sino a la gran crisis del espíritu (y del sentimiento religioso) de este siglo. María Eugenia Vaz Ferreira espera todavía su crítico.

E. R. M.